

REPORTAJE



FOTOGRAFÍAS: BERNARDO CORRAL

NOTAS
PENDIENTES

LUCIA MARTINEZ

Jon sabe que la próxima semana la tutora de su clase de 7° de EGB entregará el boletín de notas de la cuarta evaluación y ya puede imaginar la escena en su casa: él, con los hombros derrotados y con la mirada fija en los cordones de las zapatillas deportivas, le largará el papel a su madre, que para esas cosas tiene mejor talante. A partir de ahí, por su imaginación sólo discurren los patines, la bicicleta, los videojuegos, las tardes con sus amigos en la plaza y las horas delante de la tele tachadas con las aspas negras que prohíben su utilización. En realidad, es demasiado pesimista. Sus padres ya saben que ha ido renqueando durante todo el curso, aunque hasta ese momento no se rendirán a la evidencia de las malas notas.

De hecho, cuando les entregó las calificaciones de la primera evaluación con algún suspenso no lo consideraron extraordinario. Sabían que el 50% de los cuatro millones de escolares que cursan enseñanza primaria en nuestro país suspende alguna asignatura. Ante los resultados de la primera calificación los padres suelen mantenerse a la expectativa y acostumbran a atribuir el traspie al cambio de curso o de profesor, a la necesidad de un período de adaptación, a que en este nuevo nivel académico se exige más o, simplemente, a que se trata del principio. De esta forma, se tranquilizan pensando que su hijo puede mejorar en próximas evaluaciones. Pero no siempre es así.

En opinión de la psicóloga Susana Alonso, dos son las razones por las cuales un estudiante puede obtener malas calificaciones: el desconocimiento de técnicas de estudio y carecer de los fundamentos básicos que le permitan más tarde la comprensión de disciplinas más complejas.

«Por ejemplo, un escolar que no haya aprendido bien a multiplicar, tendrá dificultades a la hora de dividir —explica—. De la misma forma, si no ha logrado destreza en la lectura, no sabrá sintetizar ni sacar las ideas generales de un texto».

Además, las calificaciones pueden convertirse en la arena en la que se lidien otro tipo de conflictos. Así, a ningún psicólogo le sorprendería que un aplicado estudiante suspenda una materia en la que ha obtenido siempre excelentes resultados simplemente por captar la atención de sus padres, o de uno de ellos.

Pero ese es un interrogante cuya respuesta sólo se encuentra indagando en problemáticas muy personales (de ansiedad, de conducta, de relación social, de agresividad, de celos,...).

DIALOGO CON EL
PROFESORADO

Con la llegada de la primavera no aparecen súbitamente los suspensos, sino que se ven con otra luz y con mayor preocupación. Por eso no son pocos los que acuden a los gabinetes de psicopedagogía a solucionar el problema. «Los padres se asustan y vienen con urgencias», asegura Susana Alonso. «Pero a estas alturas no se puede sino poner unos cuantos parches para salir del paso y, eso sí, replantearse bien el asunto a comienzos del próximo curso».

Ante el panorama de un verano de estudio, provocado por unas calificaciones escritas en junio en tinta roja, lo primero que se debe hacer es indagar en

las razones del fracaso. «A veces son muy tontas y fáciles de resolver», tranquiliza la también psicóloga Marian Fernández, del gabinete Ipse. «Puede tratarse simplemente de que el niño se entretiene porque su pupitre está al lado de la ventana o porque charla todo el tiempo con su compañero».

Una visita al centro y una conversación con el menor y sus profesores pueden dar excelentes resultados. «Los profesores agradecemos el seguimiento continuado del escolar por parte de los padres porque ataja los problemas», señala Marisa Botía, directora del Colegio Nacional Cervantes de Bilbao. Esto, que parece tan obvio, no es conducta habitual en todos los centros. Imanol, también profesor, se queja de que en su colegio los padres se desentienden de la educación de sus pequeños. «Somos poco más que una guardería. El desinterés por la marcha de los estudios se ve claro cuando, de un grupo de 20, sólo acuden tres padres para cambiar impresiones con el tutor».

OBLIGACIONES
Y PREMIOS

Si las bajas calificaciones se deben a una mala práctica del estudio habría que comen-

zar por elaborar un horario en el que se planifiquen los descansos. Para estudiantes de EGB se puede pensar en hacer períodos de unos 25 minutos de estudio y cinco para tomarse un respiro, mientras que los de BUP pueden tolerar secuencias de hasta una hora con 5 ó 10 minutos de relajo. Por lo general, los especialistas hacen hincapié en las interrupciones para permitir a las neuronas que se refresquen. No obstante, no es conveniente que sean demasiado largas, hasta con un abandono breve de la habitación de estudio mientras se aprovecha para ventilarla.

Los colegiales que no estén acostumbrados a esta rutina pueden pactar períodos más cortos e ir ampliándolos. En el gabinete de psicología Aresti se recomienda redactar un contrato formal entre padres e hijos en el que se especifiquen las obligaciones y, cuando éstas se cumplen, los premios, pensados a modo de incentivo. «Aconsejamos incluso que el contrato se escriba y se firme. Los premios pueden ser tanto unos minutos de televisión como cualquier otra cosa que sirva de estímulo al menor».

Capítulo aparte merecen las condiciones ambientales. El lugar de estudio, que ha de ser siempre el mismo, debe estar bien iluminado, ordenado, y desprovisto de objetos que dificulten la concentración, como aparatos de radio, televisores o juegos.

El estudio, además, debe ser activo. No basta con que el estudiante lea aburridamente los textos que debe memorizar. Es conveniente subrayar, hacer resúmenes y esquemas. De cualquier modo, cuando el problema es de hábito o técnica, no es tan grave como cuando la base falla. La



Desconocer las técnicas de estudio y carecer de base para la comprensión de disciplinas completas están en el origen de las malas notas.